

## *Sin bandera*

Santos Juliá, El País, 13/10/2002

[http://elpais.com/diario/2002/10/13/domingo/1034479832\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2002/10/13/domingo/1034479832_850215.html)

HAY UNA OSTENTACIÓN, un alarde gratuito, en el despliegue, entre música militar y adustos semblantes gubernativos, de esos cientos de metros cuadrados de tela que cuelgan flácidos, fatigados por su propio peso, de un mástil gigantesco en el centro de Madrid. La ceremonia es en sí misma desoladora, sin público, afortunadamente desprovista de masas dispuestas a dar vivas y a desfilar, sólo con un destacamento en formación y un discurso estereotipado sobre el amor a la enseña nacional. Realmente, ¿para qué?

Con más suavidad de lo que nunca hubiéramos podido imaginar, una bandera de historia más bien convulsa y desgraciada fue incorporada al acervo de la Constitución y aceptada sin alharacas ni aspavientos como símbolo de la nación constitucional. Desde aquel momento han ocurrido en España cosas sorprendentes y hasta insólitas: miles de españoles se han manifestado en decenas de ocasiones por valores que algunos llaman “fríos”, como la libertad y el derecho a la vida, sin necesidad alguna de enarbolar banderas; seguramente han sido las únicas multitudes del mundo que han salido a la calle sin agitar bandera alguna. No era la nación lo que importaba, sino la vida de tanta gente segada por una guadaña que no cesa, la de un nacionalismo étnico, excluyente, que no sabe hablar de ciudadanos porque se llena la boca de Pueblo -este Pueblo, nuestro Pueblo, Pueblo Vasco-, escrito con mayúsculas, como para disimular la engañifa que siempre esconde su invocación.

Como esa actitud colectiva, que ha puesto por delante valores universales a sentimientos nacionalistas, ha sido decepcionada una y otra vez por un nacionalismo que no cesa en una división del trabajo en la que unos matan mientras otros proponen encajes de bolillos, el Gobierno ha debido de creer que ha sonado la hora de pasar a otro tipo de política. Pues por debajo de esta cuestión de los símbolos patrios late la mala idea de si no será ya el momento de rearmar al nacionalismo español, de capa caída en los últimos años. La cuestión se plantea, primero, en fórmulas populistas: si los demás andan por la vida sacando sus banderas, presumiendo de nación, inventando su historia, por qué

nosotros no. Y entonces, los neoconvertos al nacionalismo españolista - huérfanos muchos de ellos de antiguas creencias igualmente totalizantes, la revolución, el socialismo, el triunfo final- unen sus voces al coro azuzando al león patrio, que dormita perezosamente su larga siesta. Acabar con los complejos, nos dicen: España, sin complejos, tal es la consigna.

Ninguna razón les asiste. Por supuesto, los nacionalistas vascos sedicentemente moderados llevan años empleándose a fondo para que resurja un nacionalismo españolista. Su pedagogía del odio y del desprecio a todo lo que suene a español; su repudio, más que rechazo, de la Constitución; su permanente evocación de la guerra civil -como si no hubieran sido vascos los que engrosaron las filas del requeté- no tienen otro objeto que enfrentar su nacionalismo a otro de similar calaña, uno que vuelva a poner en mayúscula el sintagma Pueblo Español como Ibarretxe no se cansa de escribir Pueblo Vasco, para al final reducir toda la cuestión al choque de dos nacionalismos: el españolista, ya se sabe, imperialista, fascista, contra el vasco, un pueblo que ya era igual a sí mismo en los albores de la historia y que llegará sin mutación alguna a su final.

Pero sería un error deslizarse a esa clase de confrontación. Ante todo porque multitud de españoles ya nacimos cansados de patriotismo, convencidos de que invocar enfáticamente a la patria -a cualquier patria- no es más que un subterfugio de miserables y canallas, de que lanzarse a la pelea en nombre de la patria es anuncio de grandes catástrofes. Además, porque ir desnudos, sin banderas, en defensa de valores universales, constituye precisamente nuestro mejor patrimonio, lo que nos hace estar por encima, o en otra galaxia, de quienes no pueden salir a la calle si no van envueltos en alguna banderola. Pues sí, así hay que ir: desnudos, sin banderas. Lo que nos importa no es la sagrada unidad de la patria, ni la integridad de España, ni otras invocaciones de semejante cariz. Lo que nos importa es que la mitad de los ciudadanos vascos no pueden tener representación política en condiciones de libertad. Éste es el problema. Y ante su magnitud suena tan vacua la versallesca disputa sobre si la última martingala de Ibarretxe cabe o no cabe en la Constitución como el grandilocuente homenaje a una gigantesca, absurda, bandera de España.

# *Fortalecimiento de España*

**SANTOS JULIÁ, EL PAÍS, 10 NOV 2002**

[http://elpais.com/diario/2002/11/10/domingo/1036902633\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2002/11/10/domingo/1036902633_850215.html)

DE MODO QUE AHORA ya lo tenemos claro: del Plan Hidrológico Nacional a la Ley de Calidad de la Educación, pasando por la Ley de Partidos y por la presunta rebaja de impuestos, todo lo que ha hecho el Partido Popular ha sido por el fortalecimiento de España. Lo acaba de decir quien fuera ministro del Interior y aspirante a *lehendakari*, Jaime Mayor Oreja, y lo ha repetido, con su habitual prosopopeya, el presidente del Gobierno. Se trata, claro está, de fortalecerla democráticamente, pero en cuestiones de Estado el verbo vale más que el adverbio, fortalecer vale más que democráticamente, que viene a ser ante la rotundidad del verbo como una cláusula de estilo.

El problema del recurso a figuras retóricas es que una vez puestas a rodar adquieren vida propia. Si el PP proclama como sustancia de su política la meta de una España fuerte, insistirá de inmediato en que sólo él está en condiciones de alcanzarla, debatiéndose cómo percibe a todos los demás en un océano de ambigüedad. Sólo el PP es fuerte, porque sólo él posee la exclusiva de 'la fuerza de convicciones', una situación que suscita lógicamente la envidia y las malas pasiones del adversario, que, sumido en la confusión, sin convicciones firmes, obsesionado por el vigor de su contrincante, buscará aliarse con quien sea para ir contra él. Socialistas con nacionalistas, 'todos contra el PP', concluye Mayor: el fuerte se basta a sí mismo y solaza su ánimo contemplando las torpes maniobras de sus enemigos.

Llegado a este punto, la retórica del fortalecimiento de España alcanza su clímax en una visión del campo político en el que sólo un partido, el PP, es depositario de la fuerza, las convicciones, el atrevimiento, los proyectos, la confianza de la sociedad, mientras todos los demás chapotean en la debilidad, la ambigüedad, la cobardía, la ausencia de proyectos que sólo puede suscitar desconfianza social. Saltar entonces a la conclusión lógica de este esquema mental es cuestión de segundos: la suerte de España, de su unidad, de su fortaleza, depende del PP; si se dejara en manos de cualquier otro, España

acabaría rompiéndose, debilitada: ecos de tiempos lejanos resuenan en este lamento por la España rota, moneda de cambio de políticos bastardos, dispuestos a venderla con tal de encaramarse al poder.

Podría reprocharse al presunto candidato del PP lo burdo de este esquema, lo elemental de sus imágenes, el círculo vicioso en el que encierra el argumento, pues si en una democracia la fortaleza de un Estado o de una nación depende de lo fuerte que se sienta un partido, será porque ese Estado es débil, y la nación, tal vez inexistente. Podría reprochársele sobre todo que con tal discurso liquide aquella tan encomiada política de Estado que había plasmado en el pacto por las libertades y contra el terrorismo. Pero dejando de lado estos aspectos de la cuestión -entramos en tiempo preelectoral y ya se sabe que en tales circunstancias se busca más la confrontación que el acuerdo-, lo realmente preocupante es que alguien como Mayor piense que este tropo del fortalecimiento de España, o de la España fuerte, pueda tener hoy algún atractivo electoral, y crea que la gente está deseando escuchar rotundas composiciones sobre la fortaleza de España puesta en peligro por una impía alianza entre socialistas y nacionalistas.

¿Se equivoca? Está por ver. Pero mientras se dilucida cuánta gente está dispuesta a comprar esta mercancía averiada, no estará de más tener en cuenta que el flanco por el que Mayor, y Aznar pisándole los talones, ha decidido atacar al PSOE es el de una ambigüedad en el trato con los nacionalistas que llevaría directamente a la quiebra de la unidad de España. No bastará oponer a esa propaganda, que escucharemos *ad nauseam* en los próximos meses, cartas de amor de Maragall a Zapatero, deletéreas propuestas de nuevo federalismo, hermosas disquisiciones sobre la España plural, ni imágenes que han dejado de funcionar como la en tiempo tan enternecedora de los pueblos de España solidarios. Ahora hay un Estado hartamente complejo en su estructura y más aún en su funcionamiento. Si se trata de reformarlo para que quienes ya han manifestado su deseo de salir de él, aunque sus amigos sigan matando, se encuentren cómodos durante una temporada, habrá que decir claramente cómo se reforma y en qué; todo lo demás sonará a música celestial frente a la contundencia, hueca pero sonora, del fortalecimiento de España.

## *Después de la manifestación*

Santos Juliá, El País, 22/12/2002

[http://elpais.com/diario/2002/12/22/domingo/1040531434\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2002/12/22/domingo/1040531434_850215.html)

EL CAMINO de la decepción se ha recorrido tantas veces en Euskadi que sería absurdo confiar en que una manifestación contra ETA compromete a los nacionalistas a una solidaridad activa, llena de algún concreto contenido político, entre demócratas. Por supuesto, después de lo visto en Madrid esta semana, sería de una ingenuidad suicida pensar que ETA se plantee siquiera desaparecer porque una mayoría aplastante de ciudadanos vascos o españoles se lo pida. ETA es una organización armada que ha declarado un tipo de guerra de la que sólo desistirá si es derrotada, si persistir en el terror le cuesta más de lo que con él gana, si no puede más. Pero tan ingenuo como esperar un desistimiento voluntario sería confiar en que las manifestaciones contra ETA convocadas por el PNV son el primer paso de una política activa para acabar con ella. Estuvieron a punto de serlo hace unos años, pero con sólo imaginar un escenario del que faltara ese actor principal de la política vasca, a los Arzalluz y Egibar les entró tal vértigo que echaron el freno y cambiaron de dirección: de Ermua a Lizarra viajaron en un suspiro.

Lamentablemente, la dirección tomada por el Gobierno vasco indica que los nacionalistas no han renunciado a proseguir por otros caminos la misma política. No bien se dieron cuenta del momento de debilidad que atravesaba el nacionalismo radical, en su doble cara política y terrorista, decidieron forzar la máquina y radicalizar ellos mismos sus propuestas con el objetivo de erosionar todavía un poco más las bases electorales de Batasuna hasta apropiárselas del todo. En definitiva, el fantástico plan de status de libre asociación formulado por Ibarretxe, seguido casi de inmediato por la autorizada interpretación de Arzalluz según la cual ese plan no satisfacía todas las aspiraciones del nacionalismo, no hace más que repetir la tradicional política del PNV y reiterar uno de sus supuestos fundamentales: invitar a ETA a que abandone su errado camino y dar por sentado que nunca lo hará.

Pues, en efecto, lo que legitima a ETA a los ojos de tanto nacionalista vasco, curas y obispos incluidos, es la convicción de que el PNV no logrará

nunca por medios democráticos pasar de la política de mínimos anunciada por sus representantes en las instituciones a la política de máximos reclamada por sus dirigentes partidarios; que entre la exigencia planteada en el presente, ayer un estatuto de autonomía, hoy un status de libre asociación, y la meta soñada para el futuro, independencia en un Estado étnicamente vasco, se interponen obstáculos que nunca podrán ser derribados por los mecanismos propios de un Estado de derecho. Hay siempre una ambigüedad de fondo en la política del PNV que le sirve para amenazar con romper las reglas del juego si no se cumplen sus exigencias inmediatas y, una vez cumplidas, seguir amenazando con el recordatorio de que lo conseguido está todavía lejos de la meta. De iniciar por enésima vez ese cansino juego se han encargado Ibarretxe, proponiendo lo que parecía un máximo, y Arzalluz, avisando que en realidad lo de Ibarretxe es un mínimo. Con lo cual, queridos camaradas, cuando después de grandes trabajos se conquiste la libre asociación, la lucha continuará hasta el triunfo final: la unidad de todos los nacionalistas en la independencia de los siete territorios llamados históricos, haga lo que quiera ETA, ese hijo pródigo al que se invita a arrepentirse de sus pecados y volver a la casa del padre, encendiendo al tiempo una vela al diablo para que no se apesure.

ETA fuera, evidentemente; pero esa consigna en realidad no compromete a nada; sólo expresa un deseo, casi un ruego. A no ser, claro, que de esta manifestación salga un compromiso de más alcance: que en Euskadi nadie planteará ningún marco político distinto al del Estatuto hasta que ETA no esté verdaderamente fuera y hasta que no se cumplan cinco años (de modo que haya tiempo para dos elecciones) sin atentados; es decir, hasta que todos los partidos políticos, todas las opciones, puedan trabajar al menos cinco años con idéntico grado de libertad. Si el PNV se comprometiera a dar ese paso después de la manifestación, quizá ETA se vería obligada a iniciar la cuenta atrás de su desaparición. De momento, y como no hay traza alguna de que lo vaya a dar, no habrá más remedio que mantener todas las cautelas ante una manifestación unitaria contra ETA convocada por un partido que jamás ha puesto como condición para avanzar en sus planes políticos la desaparición de ETA.

Otras columnas y tribunas: [http://elpais.com/autor/santos\\_julia/a/](http://elpais.com/autor/santos_julia/a/)